

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 3 DE DICIEMBRE DE 1922

NÚM. 19.918

GALERÍA DE OBRAS ARTÍSTICAS



UNA BODA EN VIZCAYA. — CUADRO ADMIRABLE DEL LAUREADO PINTOR M. SEGÚI

IMPRESIONES DE
UN CAMINANTE

EL OCASO DE LA SEGUNDA ROMA



ASÁBAMOS, con rapidez de turistas apresurados, a través de las salas aparatosas del Vaticano. Después de la Capilla Angélica y la Sixtina, de las Estancias y las Logias, y visitada rápidamente la Capilla Paulina, iluminada por el último flamear de la antorcha de Miguel Angel, aquel Palacio y sus pompas se nos revelaban como un esfuerzo baldío por emular la antigua grandeza. En Miguel Angel y Rafael dos escuelas habían llegado a su máxima eclosión: la florentina y la de Umbria. Después, la decadencia se nos manifestaba progresivamente, con su contubernio intrusión de realismo en la divina pintura de los misterios y de los mitos, la cristiana y la pagana. Desde la dulzona manera del Correggio al escenismo sentimental de Guido Reni, o desde las violentas carnaciones de Caravaggio a la hagiografía infantil del Guercino, la Roma pontificia era una rosa que deshojaba su corola en un bello anochecer. Por un lado, la grandeza degeneraba en opulencia; por otro, la pureza y la ternura se tornaban melancolía y lagrimería. Llegaba la hora en que las Madonnas se tornarían Inmaculadas. De uno a otro concepto media to-

da una edad estética. Una invasión de arte meridional avanzaba; las metrópolis se desplazaban. Los últimos destellos de la escuela romana cederían al crecimiento de la escuela de Nápoles. Mientras íbamos siguiendo ese descenso, a través de la Pinacoteca Vaticana, pensábamos en la Basílica de San Pedro como forma arquitectural de esa misma decadencia. Allí habían dejado Vignole y Giacomo della Porta la traza del agostamiento prosaico que encarnó la influencia jesuítica en todas las artes; aquellos mismos artífices que construyeron en el corazón de Roma, para la Compañía, la iglesia de Jesús, exaltación primera del barroquismo. Acaso Bernini había representado el último esfuerzo de una supervivencia nativamente romana; por lo menos, había dejado una huella personal inseparable ya de Roma; había producido un estilo genuino, cuya escala de valores iba desde la columnata de la plaza de San Pedro hasta el delirio místicamente erótico de su Transverberación de Santa Teresa, en la iglesia de Santa María de la Victoria.

Largos comentarios podríamos consagrar a esa Roma barroca, postrera concreción de la ciudad pontificia. Para nosotros esa etapa tiene el interés de una fecundación de la gran metrópoli pagana por el catolicismo español iníguista, impregnado en la dureza vasca, tan rea-

cía a la inspiración prerrafaelista como a la carnalidad triunfal del neo-paganismo. De esta híbrida unión se formó la Roma gris de los siglos posteriores al Renacimiento.

En esas divagaciones íbamos terminando nuestra visita al Vaticano. La vista, fatigadísima, buscaba derivativos a la monotonía de las riquezas, ofrecidas como trofeos a la ostentación de un poder ambiguo, ambiguo de fuerza y santidad. Se había agotado nuestra capacidad admirativa. Sentíamos el agobio de un doble esfuerzo, intelectual y sensitivo. La Biblioteca pasó ante nosotros como una visión que nos sentíamos incapaces de asumir y avalorar. Dormían allí, como yacimientos inasequibles a nuestra percepción, los maravillosos palimpsestos, los códices originales de los textos sacros, los incunables en que germinó la imprenta, la propia fuerza enemiga de los viejos dogmas y de los colegios esotéricos que guardaban la intac-ta fe... Por momentos, tendíamos la mirada y el aliento por los ventanales abiertos al exterior. A un lado nos atraían los patios vaticanos, vedados a nuestra visita, innumerables antesalas del trono ante el cual terminan las peregrinaciones, claustros decorados con nombres henchidos de recuerdos: *Cortile di*

San Damaso, Cortile del Pappagallo, Cortile del Maresciallo... Por otro lado, los jardines pontificios descubrían su vegetación y sus bellezas de villa romana; allí dejaban adivinarse las desnudeces marmóreas de un surtidor; más acá una gruta abría su boca, tras de la cual dudábamos si habitaba una Virgen milagrosa o una Ninfa refugiada contra la asechanza de un dios.

Hemos salido ya del Vaticano. Nuestros pasos se encaminan ahora a otro fuerte núcleo de la vitalidad multiforme de Roma: el Capitolio, que no es ya la ruina y el recuerdo de la metrópoli pagana, como el Foro y el Palatino, sino el verdadero solar de la Roma perenne, de la inmortalidad romana. Ibamos al azar de las calles, sumergidos en el pensamiento elegíaco de la grandeza muerta que se nos había revelado. Un recuerdo penetrante nos conducía, como visión histórica, a fantasear la impresión que aquella Roma debió producir, un día, en el alma ruda y fuerte de un fraile alemán que había acudido a ella como a la visión suprema de todo cristiano; y nos parecía que la sombra de Martín Lutero pasaba junto a nosotros entre la multitud distraída e indiferente... ¡Ironía de las cosas! Nada probaba mejor la grandeza de Roma que la doble poten-

DE LA MONTAÑA CARPETANA

EN EL PUERTO

Grandes helecharones cubren el alto cerro por donde pasta la vacada. En la línea celeste se recorta un becerro, que contempla, a lo lejos, la llanada.

Serpea desde el hondo la brava carretera, sobre los precipicios agarrada; va ganando la cumbre, la corona... Una fiera ventolera la barre, al pasar la cañada. (Y guardando su vera por los tajos y hondones, va a su lado una hilera de cúbicos mojones.)

El aire es frío en la región desnuda del puerto en camellón, cuyas vertientes dan por igual a la llanada cruda, entre pinos, jarales y torrentes.

Ya en el puerto, una fuente. El agua es hielo. Por la limpia socava de una peña riela su charco reflejando el cielo. ¡El chorro cae, y monacorde sueña!

Sacio mi sed en el brillante hilito. Se me pasan los dientes. (Y es agosto.) Su intermitente brillo un cauce busca, entre el canchal, angosto.

Como una piel de lobo, al qua, despierto, desollara el mastín cien peladuras, los grandes pastizales que coronan el puerto están llenos de calvas y de manchas oscuras.

Un refugio: una casa de adobe y de pedrusco. Alguien dentro. Una hoguera. Brilla viva la llama.

Gano la altura máxima. De pronto, el panorama cambia, rápido y brusco.

Grandes manchas de nieve en la cumbre cercana hieren mis ojos con su blanca porcelana. La piel con que se cubre el picacho cimero no es la piel de un lobato, es la piel de un cordero; de un cordero lechal, más blanco que la espuma de la leche ordeñada que en el cuenco rezuma.

Las laderas están cubiertas de pinares de un azul prusia intenso, más vivo o más brumoso, según es la distancia. Y en el valle frondoso se pierden los regatos entre los rebollares.

Es tan viva la luz, que el suelo reverbera. No se borra un matojo ni una senda Cabrera, y hasta en la última cresta de la cumbre postrera se detallan los canchos de cada torrentera.

He llegado hasta el fin de la ascensión. El cielo, que era de ígigo intenso, se ha aplomado, y un rebaño de nubes proyecta sobre el suelo un gran manchón acardenado.

Esquivo la tormenta descendiendo al poblado.

Negrean los helechos que tapizan el cerro por donde pasta la vacada. En la línea celeste permanece el becerro, ¡y crece el aire en la región pelada!

Luis FERNANDEZ ARDAVIN

Sonreía ufano, gozándose de antemano en la sorpresa del amigo, que aguardaba con curiosidad, mezclada de secreta envidia.

Abrióse la puerta, y en el umbral apareció un señor alto, enjuto, correcto y elegante: cincuenta años vigorosos y sanos, tan bien llevados, que podrían parecer cuarenta a lo sumo.

Fernando, no se inmutó. Preguntó con voz tranquila:

—¿Vive aquí don Antonio Rodríguez?

—Sí; pasan ustedes, señores.

Les condujo a un despacho pequeño, amueblado con gusto y sencillez elegante.

—Ustedes dirán...

—Buscamos a don Antonio Rodríguez.

—Soy yo.

—¿Cómo? ¡No es posible! Don Antonio Rodríguez tiene barba...

—Tenía, pero me he afeitado; empezaban a salirme canas...

—Bien. Mi padre me encarga que le salude a usted y que le hable de aquel asunto de minas de que trataron...

Hablaba Fernando con su aplomo de siempre, sin que se le conociese en la cara la mentira ni la sorpresa que le había producido el desagradable encuentro.

—¡Ah!... Sí... sí. ¡La famosa mina! Pero su padre o, por mejor decir, usted, pollo, no sabe que en esa mina soy yo el único accionista, y no cedo participaciones a nadie... ¿Me entiende usted?... ¡A nadie!...

Dió varios pasos por la habitación, y cambiando de tono:

—Ahora dígame usted: acostúmbrese a medir el terreno que pisa, y se evitará sorpresas desagradables. No quiero tirarle por el balcón ni hacerle rodar las escaleras, porque es usted un chiquillo. Pero como vuelva a verle, no ya en esta casa, sino siquiera en las inmediaciones, le doy un mal rato. ¡Se lo juro por quien soy!

Fernando, pálido, se dirigió hacia la puerta. Su amigo le siguió, azoradísimo, sin saber qué actitud adoptar, hasta que escuchó unas palabras de relativo consuelo:

—Perdone usted, señor, que le haya hecho tan mal recibimiento. A usted no le culpo de nada, y seguramente viene engañado por ese titere. Le ruego que me disculpe y comprenda la razón que me asiste...

En el primer descansillo de la escalera se detuvo Fernando.

—¡Hay que ver, qué tío! ¡Echarme de su casa! ¡Esto no puede quedar así! ¿Tú crees que debo pedirle explicaciones?...

Rafael DEL ROSAL

¿Suele bajar la luz y está usted medio a oscuras en su casa? Le conviene surtirle pronto con el voltaje adecuado de la inmejorable lámpara Tungstam (país de origen, Hungría), famosa en todo el mundo, y estará usted encantado de la vida. **LAMPARA TUNGSTAM, Montera, 10,** teléfono 39-49 M., y en los principales establecimientos de electricidad.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.

Librería, Caballero de Gracia, 28.

Últimas novedades:

El Caballero Audaz: LA BIEN PAGADA (novela), 5.ª edición. 5 pesetas. LA SIN VENTURA (nueva edición corregida), 5 pesetas.

Vidal y Planas: BOMBAS DE ODIO (novela), 5 pesetas.

Yesares: ¿QUÉ QUIERES APRENDER?... AVIACIÓN. 5 pesetas.

Belda: CUENTOS DE COLOR... DE ESMERALDA (novelas), 4 pesetas.

Soutié: EL LEÓN ENAMORADO (novela), 1 peseta.

Pedidos directamente al Apartado 502

cia de su valor estético; ya que siglos después de haber suscitado, en el alma de Lutero el germen de la Protesta, como doble reacción de barbarismo germánico y fidelidad cristiana, otro alemán de espíritu selecto había aspirado en Roma una reacción inversa: la del gran viento de la pureza clásica en un pecho romántico. ¿No fué esa la fecundación ejercida por Roma en el espíritu de Goethe?

Pero llegábamos al *Campo dei Fiori*. Un palacio de curia pontifical se levantaba allí; y a pocos pasos, la estatua de bronce de un fraile, severamente velado por su capucha. En el pedestal, una inscripción rezaba: *A Bruno, il secolo da lui devinato, cui dore il rogo arse*. Una fuerte sacudida nos conmovió, con la amargura del vivo contraste... Allí lejos, el Coloseo guardaba sus manchas rojas de sangre de mártir. Más cerca, la Basílica de San Pedro se alzaba sobre el solar del Circo de Nerón. Y allá en la lejanía divina, el Gólgota se nimbaba de sangrienta luz... ¿Por qué esa estatua se erguía como un rescate de la deuda cristiana, mostrando el contagio de la ira de los verdugos en sus víctimas, o como una desautorización de la suprema facultad de perdonar? Otra Roma nacía al pie de esa figura, al modo de una fuente prodigiosa, brotada de una hoguera.—*A Giordano Bruno, el siglo que él adivinó...*—¡Doble Roma, eternamente fraticida, como sus fundadores! La tradición franciscana, profeta y mística, impregnada en la unción del Apocalipsis, alumbrada por la antorcha que dió también luz a Dante, alimentada en la misma savia que nutrió el árbol de nuestro Raimundo Lulio, terminaba en el hombre que aquí alcanzó su martirio, bajo una Roma nuevamente cesárea, en los días mismos en que el Pontífice saludaba a Don Juan de Austria como un retorno del Precursor, aunque vestido con el ropaje de triunfo de Lepanto... Yo no pude mirar sin lágrimas la efígie de bronce, erecta como una expiación y también como una victoria, allí, «donde la hoguera ardió...». La claridad de aquella hoguera había guiado el advenimiento de otra Roma.

Gabriel ALOMAR

EL ÚNICO ACCIONISTA

FERNANDO era un poco Tenorio. Presumido, simpático, locuaz y expresivo, estaba convencido de que con la audacia se triunfa casi siempre, y la empleaba como arma de indudables resultados: *audaces fortuna juvat* era su lema; eso y la seguridad de los propios méritos alentaban su osadía, que no reconocía límites.

Los tenorios profesionales tienen mucho adelantado en el camino de todas las conquistas; la propia presunción les hace considerar favorables hasta los menores indicios, y así no escapa ninguno a las perspicacias de su vanidad. Al revés que los tímidos, parece que ejercitan un derecho y que conceden un favor, y, gracias a este aplomo y a este convencimiento de su éxito final, utilizan en su provecho todas las oportunidades, reales o imaginarias.

En ocasiones, obtienen como única recompensa el ridículo; pero una nueva aventura borra pronto el mal efecto de la anterior.

Fernando era así. Apenas tenía otra preocupación ni otro empleo para su tiempo. Si no rico, acomodado, libre de trabajos y desvelos, el día y la noche le pertenecían, y los ocupaba de ese modo.

Salía del Lion d'Or, con un amigo con quien tomara café. La tarde, desapaci-

ble, no convidaba a pasear. Anduvieron unos metros por la calle de Alcalá, hacia la Cibeles.

—Si fuéramos a casa de Juanita...—dijo Fernando, de pronto.

—¿Eh?

—Una chica monísima. La tengo ya a punto de caramelo. Su amigo le da muchísimo dinero. Es un viejo que la ha puesto en un plan de lujo fantástico; pero está por mí. Vamos.

Le atajó su compañero:

—Y siendo así, ¿qué pinto allí yo?

—Hombre, nada. Pero no se trata de eso. Como comprenderás, aunque falte poco, aún no es una cosa hecha. Iremos, la conocerás, nos dará una taza de té y pasaremos la tarde admirablemente. Verás qué encanto de chiquilla.

El tranvía les dejó en la puerta: era una casita pequeña y coquetona, lujosa y linda. Subieron, y Fernando llamó.

LA FUENTE DE CAJAL

EN virtud de un fallo por unanimidad de votos, acaba de encargarse a Victorio Macho la ejecución del monumento al sabio Cajal, conforme al proyecto enviado al concurso por el ilustre artista. La reproducción del modelo que acompaña a las presentes líneas y las palabras del propio escultor explicando su obra, serán, no lo dudamos, lo que más puede interesar a nuestros lectores.

Dice así Victorio Macho:

«Cuando el doctor Marañón me honró invitándome a este concurso, sentí el orgullo de ser escultor.

Haber labrado esa estatua que alegró los últimos días del abuelo Galdós; estar construyendo ese «Faro Galdosiano» que se elevará sobre el puerto viejo de Las Palmas, mirando al mar, iluminando la ruta de América, y tener la posibilidad de que se me encomiende la bella misión de inmortalizar el símbolo de «Cajal», que tan ampliamente ha ensanchado el mapa espiritual de España, puso toda mi sensibilidad en tensión; las ideas surgían en mí llenas de ritmos y volúmenes, apasionados, ardientes, como los temas en el alma del músico.

La imagen del gran hombre me acompañaba en mis paseos por los campos de la Moncloa, y en el solemne escenario de la Naturaleza sus pensamientos eran manantial del conocimiento—pero también de la duda—, y aparecían ante mí con la fuerza expresiva del maravilloso grabado que Alberto Durero tituló «La Melancolía», la terrible melancolía de quien, como «Cajal», se ha asomado al misterio.

Y nació en mí la idea del agua como base y tema fundamental de este monumento, que había de tener mucho de sinfonía en piedra, visión poética de «Cajal».

El agua, génesis de vida, sensibilidad quintaesenciada, que percibe los ecos más leves y lejanos de la Naturaleza, refleja la luz del sol, la dulce vibración de las estrellas, el vuelo de las aves y de las almas... El agua aquietada de las fuentes musgosas de los jardines antiguos, silenciosos, colaboradora de los espíritus sonámbulos, de los solitarios como «Cajal», musa de los poetas... El agua, purísima mirada de la tierra hacia lo desconocido.

«Fuente de Cajal» se llamará este monumento. En el fondo aparecen las dos fuentes simbólicas de la Vida y de la Muerte; en el centro se alza, serena, la estatua de la Sabiduría..., y el agua de la fuente de la Vida y el agua de la fuente de la Muerte caerán en la gran alberca cuadrangular: se mirarán, se confundirán, una en otra, formando un todo enigmático... Y «Cajal», como esfinge abismada en el misterio, alma en piedra, toda serenidad y pensamiento, será el investigador silencioso a través de los siglos, y siempre tendrá su es-

tatua un dejo de melancolía, porque, ¡ay de nosotros si no encontramos siempre un más allá misterioso!...

El crítico encuentra en la precedente declaración no pocos elementos de jui-

que a escultores, hallamos, más que lírica, preciosa toda confidencia, por muy rebozada que esté de literatura. Preciosa, sí, en el caso actual, porque Victorio Macho, que lleva un romántico dentro,

Victorio Macho pertenece a la categoría de hombres cultivados literariamente, que aprovechan lo bueno de la literatura como fermento para su arte.

La «Fuente de Cajal», su última producción, aun no llevada a materia definitiva, nos habla, con la elemental simplicidad de la *maquette* o modelo, en términos elocuentes.

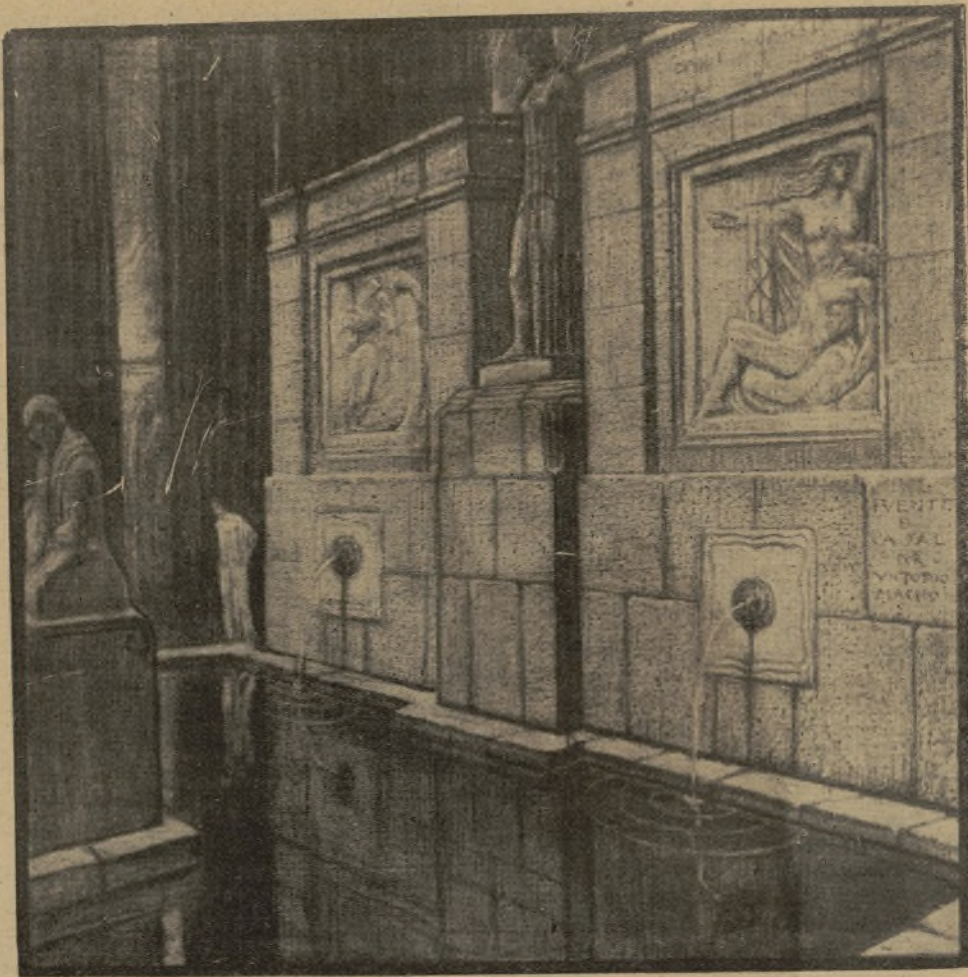
El concepto arquitectónico del monumento no responde a ningún estilo determinado. Antiguas y modernas normas han sido concertadas; pero Victorio Macho, al acudir a las primeras, ha procedido con sumo tiento, evitando caracterizaciones denunciadoras de época y de localidad geográfica. «De lo antiguo, lo eterno»: tal nos parece la fórmula del escultor. En las dos fuentes hay un clasicismo que ni es propiamente egipcio, ni asirio, ni helénico, y, sin embargo, allí se reconoce el alma de la belleza antigua en cualquiera de esas modalidades históricas. Mas el tratamiento a que están sometidas es moderno. Una reconstitución arqueológica o una modernización sabia se resentiría, a los ojos de cualquier espíritu un tanto crítico, de frialdad intelectual.

Victorio Macho es uno de los pocos escultores que concibe con sujeción a los principios de la arquitectura. De ahí que sus monumentos sean antes que nada creaciones organizadas con arreglo a una idea clara y sencilla de materiales regulados por la forma. Los ritmos de verticalidad y de horizontalidad, en que un reposado equilibrio se exterioriza, contrastan con los juegos de oblicuas y curvas en los dos relieves y en la efígie recostada y meditativa de Cajal. Y para animación perdurable de las masas, las aguas del estanque, vertidas por los grifos por bajo de las simbólicas escenas de la Vida y de la Muerte.

Con erguimiento de cariátide, la estatua de la Sabiduría se alza tras la del hombre titular del monumento. No es aquella una victoria alada o una fama al uso, con larga trompeta en los labios. Es la victoria áptera, segura de sí misma, que encarna la serenidad augusta de la ciencia y ajena por lo mismo a los impul-

sos pasionales. No arde en ella el fuego bélico y triunfal, sino la llama imperturbable y vigilante que alumbra la conciencia universal para la investigación paciente y fecunda. Ante su presencia, el sabio, con el exiguo ropaje de un filósofo griego, reclinase ensimismado, atento al problema que en su mente se agita, mientras deja vagar la mirada sobre el espejo cambiante y profundo de la linfa, que a los ojos de los iniciados parece decir la estrofa del franciscano *Laudes Creaturarum*:
Landatu si, mi signore, per sor aqua, la quale é multo utile e humele e pretiosa e casta.

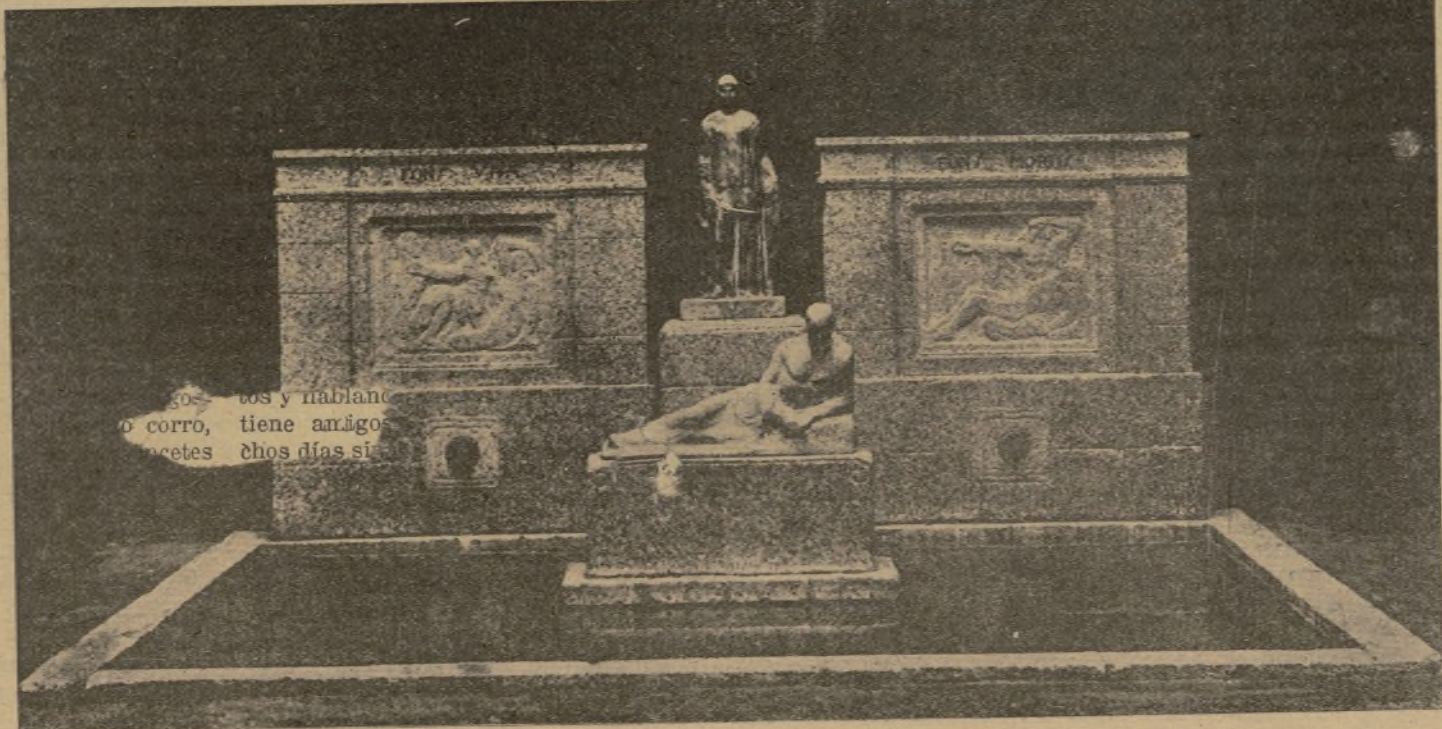
Angel VEGUE
Y GOLDONI



FUENTE DE CAJAL.—DIBUJO DEL PROYECTO, POR VICTORIO MACHO

cio para el mejor conocimiento de las preocupaciones y de los anhelos por que ha pasado el artista durante la concepción de su obra. Algún descontentadizo, de los que nunca faltan, quizá ponga reparos a la obsesión literaria que a primera vista parece poseer al escultor. Nosotros, que gustamos de oír, de razonar y de teorizar, la misma a pátrea

acude al lenguaje para traducirse ante los demás, con motivo de las aspiraciones sentidas por él en las horas desconcertantes consagradas a madurar una idea estética, y, además, porque su proyecto de monumento a Cajal, claro, ponderado, clásico, en suma, nos estimulaba la curiosidad en punto a los verdaderos sentimientos del autor.



FUENTE DE CAJAL.—PROYECTO DE VICTORIO MACHO

EL ENANO BARBIRROJO

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

HABÍA una vez tres niñas, llamadas Blanquita, Rosita y Azulina, que vivían con su padre.

Las tres eran buenas, bellas y listas, y tanto querían y mimaban a su papá, que, más que sus hijas, parecían sus tres niñamaitas.

Un día habían ido las tres al bosque a hacer provisión de leña, cuando, de pronto, oyeron gritos agudos y vieron a un enano muy raro y muy feo, que tenía una enorme barba enganchada en el tronco de un pino.

—¡Uy, ¡uy!, ¡uy!—lloriqueaba el enano, con voz de falsete—. Ya tenía yo el árbol casi serrado cuando, de pronto, el tronco, al caer al suelo, me ha cogido mi hermosa barba. ¡Uy!, ¡uy!, ¡uy! Estoy preso para toda la vida y vendrán los lobos y me comerán. ¡Uy!, ¡uy!, ¡uy!

Blanquita, Rosita y Azulina era tan buenas, que sintieron una gran compasión y se precipitaron a libertar al enano. Se agarraron a él y empezaron a tirar con todas sus fuerzas; pero los gritos del infeliz redoblaron, porque, al tirar de las barbas, le hacían sufrir mucho. Entonces Blanquita tuvo una idea: sacó del bolsillo de su delantalito de batista blanca un par de tijeras, y, ¡rass!, cortó la punta de la barba.

El enano estaba salvado.

¿Sin duda os imagináis que se deshizo en frases de agradecimiento? Eso esperaban ellas también; pero sí, sí; por el contrario, se puso hecho una fiera.

—¡Estúpidas!—gritó—, me habéis estropeado mi preciosa barba; me las pagaréis; ¡palabra de Barbirrojo!

Y el odioso Barbirrojo se apoderó de Blanquita, la inocente culpable, la metió en un talego que llevaba y echó a correr con tal velocidad, que Rosita y Azulina no lograron darle alcance.

¡Figuraos la desesperación de las dos niñas al ver desaparecer a su querida hermana, presa del enano! Y no digamos nada del dolor del pobre padre cuando vio que de sus tres hijas sólo volvían dos.

No insisto sobre estas cosas, porque no quisiera que os pusierais demasiado risas.

Algún tiempo después Rosita y Azulina fueron al monte a recoger menta y otras yerbas de olor, cuando, de pronto, oyeron gritos agudos, y vieron... ¿a que no sabéis a quién?

Sí, ya sabía yo que lo habíais de adivinar. Pues bien; sí: vieron al enano Barbirrojo, que se hallaba en peor situación todavía que la primera vez: un águila inmensa le tenía cogida la barba con el pico y se disponía a volar para llevárselo a su nido y destrozarle con las garras.

La piedad pudo en las niñas más que el rencor y la reflexión; se acercaron, corriendo, y unieron sus esfuerzos a los del Barbirrojo para retenerle en tierra firme. Pero todo era inútil; el águila podía con todos; entonces Rosita sacó rápidamente un par de tijeras del bolsillo de su delantal de muselina rosa, y, ¡rass!, cortó la barba roja por la mitad.

El águila desapareció por los aires, mientras el enano rugía con rabia:

—¡Malditas criaturas! ¡Por segunda vez me habéis achicado mi admirable barba! ¡Ahora mismo me he de vengar!

Se apoderó de Rosita, la metió en el saco y desapareció con ella, con toda la velocidad de que eran capaces sus horribles piernuchas.

¡Cómo lloraba la desdichada Azulina

al volver sola a su casa! No me quiero acordar de eso, ni del dolor del pobre padre, porque se me saltarían las lágrimas y no podría seguir el cuento.

A los pocos días, Azulina se hallaba pescando quisquillas al borde del mar, cuando oyó, por tercera vez, los gritos de falsete del malvado Barbirrojo.

El enano se hallaba pescando desde una roca, cuando, de pronto, un pez, que había sacado la cabeza fuera del agua, le había agarrado la barba con sus dientes y tiraba con todas sus fuerzas para arrastrarle al fondo del mar y ahogarle.

Azulina se hizo estas reflexiones:

cristales de las ventanas; a lo lejos se oía un concierto discordante de maullidos, ladridos, cacareos, rebuznos, píos y mugidos; ante ella se hallaba el enano con su barba tan larga y tan roja como la primera vez que lo vio.

—Tú sola faltabas en mi colección zoológica —dijo Barbirrojo, riendo cruelmente.

Sopló tres veces, pronunció no sé qué palabras misteriosas y, ¡horror!, he aquí que la pobre Azulina se convierte en una mona, muy mona, eso sí; pero mona, al fin.

Barbirrojo desapareció como por en-

Verdugo, sí; pues no vayáis a creer que Barbirrojo se conformaba con transformar a sus víctimas, sino que les obligaba a limpiar la casa y hacerle la comida, y cuando algo no era de su gusto, fustigaba implacablemente con un látigo al desdichado culpable.

Azulina, que era muy perspicaz, no tardó en notar que todavía, más que cruel e injusto, el enano era vanidoso y presumido: él lo hacía todo, él lo podía todo, él lo sabía todo.

Y un día, cuando Barbirrojo acababa una succulenta comida, de la que abandonaba generosamente los huesos a sus servidores, la monita se acercó a él.

—¿Es cierto—le preguntó que tu poder es ilimitado?

—¡Y tanto!—contestó el otro, encogiéndose groseramente de hombros.

—Sin embargo, apuesto que hay una cosa de la que eres incapaz.

—Como no sea de hacer un bien, soy capaz de todo—exclamó Barbirrojo, soltando una carcajada horrible.

—¿De modo que eres capaz, si cierras todas las puertas y ventanas, de salir por el ojo de la cerradura?

—¡Naturalmente!

—¡Pues no lo creo!

—¡Estúpida! Ahora verás que Barbirrojo lo puede todo.

Y empezó a disminuir hasta volverse del tamaño y del grueso de una aguja; en esta forma se coló por el ojo de la cerradura y... fué a caer en un frasco que Blanquita tenía colocado detrás, mientras Rosita lo tapaba precipitadamente con un tapón de cristal.

—¡Soltadme, miserables! —rugía el enano en su cárcel transparente.

—Abriramos el frasco—declaró la maliciosa Azulina— cuando nos hayas devuelto nuestras formas humanas.

¡Qué trabajo le costó al enano realizar una buena acción, aun siendo por la fuerza! Pero no tenía más remedio y se resignó; dentro del frasco hizo no sé qué gestos raros, pronunció palabras cabalísticas, y todos los animales se convirtieron, unos en niñas, otros en niños, vestidos como estaban cuando se había apoderado de ellos el enano.

—¡Abrid el frasco ahora!—gritaba Barbirrojo.

Pero Azulina sabía que «aquel que roba a un ladrón tiene cien años de perdón»; sospechaba, además—y no se equivocaba—, que Barbirrojo esperaba verse libre para vengarse terriblemente, y se guardó mucho de destapar el frasco; por el contrario, lo cogió, se asomó a un balcón que daba a la playa, y con toda sus fuerzas lo arrojó al mar.

Blanquita, Rosita y Azulina se despidieron de todos sus compañeros, que no cesaban de darles las gracias, llorando de alegría y gratitud, y cada cuál volvió a su hogar.

No necesito describir el efecto que le haría al pobre padre recuperar a sus tres adoradas hijas, a las que creía perdidas para siempre.

Lo que sí necesito es aconsejaros que no destapéis nunca ningún frasco sin cercioraros antes de lo que contiene, no vaya a resultar que es aquel que encierra al enano Barbirrojo, y salga él ya en lugar de premiaros por su liberación, os cambie en el primer animal que se le ocurra.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARLOZZI.



—Si le salvo la vida me llevará como a Rosita y Blanquita, y así tendré probabilidad de encontrarlas.

Y, ni corta ni perezosa, sacó un par de tijeras del bolsillo de su delantalito de seda celeste, y, ¡rass!, cortó todo lo que quedaba de la barba del enano.

El pez, medio asfixiado por unos peles que se le habían atravesado en la garganta, se sumergió en el mar.

En seguida, Barbirrojo, después de insultar furiosamente a la valerosa niña, la metió en su talego y se marchó con su presa; esta vez sin correr, porque ya no quedaba nadie para perseguirle.

Cuando Azulina salió del talego quedó asombrada: se hallaba en un palacio extraño, en el que todo era rojo, desde el techo hasta las baldosas del suelo, desde los cortinones hasta la sillería, desde las cerraduras de las puertas hasta los

canto, y la pobre niña comprendió que aquel miserable se entretenía en robar a la gente para transformarla en animales; así, visitando el horrible palacio rojo, vio pájaros de todas clases, perros, gatos, borricos, vacas, gallos, ratones, etcétera, etc., que se paseaban por las habitaciones, llorando amargamente su desgracia, cada cual en su idioma natural, si bien, por singular milagro, todos se entendían perfectamente entre sí.

¿Cuál no sería la alegría de Azulina al volver a sus queridas hermanas en aquella extraña casa de fieras? Blanquita se había convertido en gatita blanca, mimosa, y con ojos verdes, y Rosita, una perrita de lujo, de pelo de oro y hocico finísimo.

Después de abrazarlas, Azulina les juró que ella las libertaría y a todas sus compañeras de infortunio de su verdugo.

VÁYASE LO UNO POR LO OTRO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE EMILIO GUTIERREZ-GAMERO

No; yo no puedo estar así y andar a la birlonga toda la vida. Esto de aquí te la doy y allá te la pego no entra en mis cálculos ni en mi modo de ser, ajeno a reprobados ayuntamientos y pecaminosas blanduras. Mi afán acucioso no se presta a los amores de entre puertas, llamemos de este modo a los prohibidos por la ley y por el propio respeto de sí mismo, el cual respeto lo disfruto como herencia de mis mayores. No, señor. Yo he nacido para ser casado, como manda la Santa Madre Iglesia, y encontrar una mujer que endulce y gobierne este apetito que tengo de reposar en la dulce paz del alma y del cuerpo; una mujer que me entre por la vía cordial, con la que llegue a la *alterna gaudia*, o sea al mutuo regocijo y feliz copulación de dos en uno solo.

¿Aquí el encuentro? ¡Imposible! Madrid ha sufrido la corruptora invasión de *extranjis*, y ya no se tropieza con las costumbres familiares que hacían del hogar un arca celestial, donde no penetraban aires mal sanos. Ya no existen aquellas tertulias caseras, tan deliciosas y atrayentes, donde alrededor de la camilla tradicional, de luengas faldas y benéfico brasero, bien abastado de menudo cisco, reuníanse los jóvenes de ambos sexos, presidiendo, naturalmente, la dueña de la casa, para jugar a juegos de prendas o a las siete y media. ¡Y qué encanto cuando la más experta o el más experto en el piano tocaba aquello de «Suspiros, jay!, mujer — que ahoga el labio en flor», cuyo suavísimo y tierno sentido llegaba hasta las fibras más delicadas de los tertulianos! Pues no digamos si la licencia materna permitía, en raras ocasiones y con motivo de grato suceso, un poquito de baile tranquilo; eso sí, unos señoriles lanceros o una polca en que las parejas guardasen honesta distancia.

Ya está borrado de noticias y señales el famoso Prado, hoy lleno de arbustos y plantas, antes grata planicie regada por medio de móviles aparatos refrigerantes, donde la flor y nata de los madrileños se juntaba las noches de julio y agosto, en sabroso paseo o formando corro, para platicar acerca de los bordoncetes inspirados por la ardiente temperatura o por la sensacional noticia, en tanto los muchachos y las muchachas, fuera de la ola circulante, se tiroteaban con canciones, como la que decía: «Tengo las calabazas puestas al humo, y al primero que pase se las emplumo», mitad de seguidilla que le sirvió de cita clásica a un eximio estadista en un célebre discurso.

Nada, nada. A casarse tocan, y ya que Madrid no me parece—¡qué me ha de parecer!—lugar adecuado al fin laudable de

dar con la perfecta casada, lo mejor es irse a un pueblo donde no haya llegado la protervia ambiente—me dije—, y acto continuo me eché a pensar en el susodicho pueblo, buscando entre los de no muy numerosos habitantes, pues, sin duda alguna, las grandes capitales y las ciudades de nombre y resonancia hallaríanse tocadas del morbo moderno, peor que el asiático.

Hizo la casualidad que un amigo me hablara de Molinillos de Arriba, villa radiante en sitio algo lejano de urbes populosas, de buen tempero, encantadora colocación y con fama de albergar en su seno mujeres de singular belleza. Estas noticias, juntas a otras que el mismo me dió en punto al recato y honestidad de las molinillescas, fijaron mi propósito, y en

das, cara graciosa, ojos grandes y risoteros y con un dejo en el habla tan dulce y acariciador, que en pos de él se iba el alma.

Aquí se acabó mi soltería—exclamé en la soledad de mi dormitorio—. Ya puede el Gobierno decretar una contribución sobre las cabezas de los célibes recalcitrantes, porque lo que es a mí, *nequáquam*. Como tarde un poco, me coge el impuestito con legítima esposa y con varios retoños que hereden el modesto nombre que llevo. Todo eso está perfectamente; mas, ¿a quién ofrecerme por marido? ¿Dónde el guía de mis pasos y director de mis afanes que me conduzca por el intrincado laberinto de tanta mujer bonita y hacendosa?

Con tales dudas batallaba, cuando, por

yo órgano quedó aquel día huérfano de sus ágiles dedos. Pongamos al lado de cuanto llevo dicho que Pedro Apenas era un alcotán en lo referente a ver desde lejos el flaco de sus conterráneas para sacarlas raja, y por contera que sabía al dedillo la vida y milagros de cada hijo de vecino, según pude averiguar en mis solapadas y misteriosas investigaciones.

Me tomó afecto el jerifalte, derivado de una cantidad de pesetillas en remuneración de menudos servicios, y véase cómo cuando menos se cata hallase lo que parecía difícil, si no imposible. Pedro Apenas, así que, ya con mutua confianza, se enteró de mi cuita, se me ofreció a ponerme en la derecha ruta de llegar al matrimonio con la moza más garrida,

gentil, cristiana y nacida en honrados pañales que hubiese en Molinillos de Arriba y sus alrededores.

Habitaba en Molinillos un noble tronado, el conde de Bollullos, retraído en el pueblo de su nacimiento por motivo de haber hecho mangas y capirotos de su fortuna en la corte, pues siendo próximo pariente de duques y marqueses, para ponerse a su nivel y no desmerecer a sus ojos, se le escaparon lindamente las rentas, primero, y después, casi todo el capital, del que sólo le quedaban unas huertas en el ruedo, con cuyo escaso producto tiraba de la existencia. En reserva, díjome Pedro Apenas que mucho contribuyó a la merma de sus bienes una manía, aun conservada por los amantes de su presente inopia.

Al conde de Bollullos, hombre atildado, pulcro y muy cuidadoso de su aseo personal, le dió por ser coleccionador de perfumes, y desde el viejo *Pachuli* hasta el moderno *Baiser d'amour*, no hubo tarrete de esencia que no tuviese en su odorífero almacén. De suerte, que el mencionado señor no se jugó su fortuna, ni se la bebió, ni se le fué en belenes mujeriles, sino que se la olió! Así como suena. Pero el perfume más exquisito del conde era su hija Rosario. ¡Válgame el cielo qué mujer! Cuanto yo dijera aquí de sus gracias, perfecta y ordenadamente diseminadas por toda la periferia de su cuerpo, sería menos que nada al lado de la realidad. De ella me enamoré en el mismo instante de verla, porque mi corazón es como yesca deleznable, tan fácil de inflamarse y arder al igual de esta utilísima materia.

¡Qué hallazgo el de Rosarito! ¡Linda, honesta, cumplidora de sus deberes religiosos, según Pedro Apenas, y además condesa cuando su señor padre tuviera que abandonar los perfumes por los siglos de los siglos!



Molinillos de Arriba planté mis reales.

Más justamente diría mis pesetas, porque, con objeto de que no vieran en mí los de Molinillos de Arriba un ave de paso y me dieran cañazo, tomé casa, llevé muebles y dije a cuantos me quisieron oír que mi salud requería larga temporada en el pueblo, pues a la par del descanso quizá comprase alguna finca o tierra donde levantar una vivienda cómoda y bien arreada de jardín y huerta.

Un hombre que empieza haciendo gastos y hablando de comprar fincas, pronto tiene amigos, y no transcurrieron muchos días sin que lo fuesen mis tíos los individuos más importantes de la localidad. Pero ninguno de ellos me inspiró confianza para el tanto de mi deseo. Las hembras que vi en la iglesia las fiestas de guardar, o en paseo los domingos, y muy pocas discurriendo por las calles, dado que las molinillescas no son salideras ni ventaneras, parecieronme dignas de su fama, sin exceptuar las de la clase baja, dígame menestrasles en las múltiples variedades de la menestralía; casi todas, salvo raros casos, esbeltas, bien planta-

causa de un quehacer en el Juzgado municipal, la suerte me deparó cierto sujeto que ni pintado para lo que yo perseguía. Mi hombre llamábase Pedro Apenas, y ejercía en el pueblo cargos importantísimos, aunque modestos al parecer.

Era *tuátem* del referido Juzgado, suplente del maestro de escuela en los días que este funcionario del orden educativo se iba de caza con el macho y la escopeta, ayudante del secretario del Municipio, consejero de las Monjas Clarisas, que por lo claro y diligente le ocupaban en toda clase de menesteres, y, además, oficiaba de segundo organista en las fiestas solemnes, pues el cura del pueblo donde vió la primera luz le enseñó algo de tecleo, aprendido siempre que no tenía que darle al fuelle. Con tales prebendas, de su peso se cae que no había en Molinillos de Arriba auto judicial o boda resonante, tomadura de velo o manejo concejil en que mi hombre no metiese su cucharada y sacase su pizquita; y para mayor afianzamiento de su posición se casó con la hija del fiel de fechos ante el altar de la iglesia de las monjitas, cu-

Hiceme presentar al conde de Bollullos; cortés y amable, me ofreció su casa, que a su ruego frecuenté; tuve el placer de oír la voz armónica de Rosario, y en una ocasión propicia, solos ella y yo brevísimos momentos, la expuse mi atrevido pensamiento. ¡Qué casto rubor el suyo cuando escuchó mis vibrantes palabras de amor inmenso! ¡Cómo conocí que eran las primeras que oían sus preciosas orejas! ¡Y cuán grato me fué comprender, gracias a este don adivinativo que tengo de mío, lo primerizo de sus impresiones eróticas!... Desde aquel punto y hora bienhadada quedamos novios por inflamación pasional de nuestras almas, y poco a poco fué cimentando nuestro mutuo querer, que anudaban pequeñas caricias, como un ligero beso en su ebúrnea mano o un posarse su pie sobre el mío cuando la suerte me deparraba ponerme a su vara.

Quiso el buen conde mostrarme sus fincas, y algunas tardes íbamos a una de las huertas, resto del antiguo esplendor, y allí, él sentado en rústico cenador leyendo el periódico, y nosotros dando vueltas al empanado que circundaba el huertecillo, tejíamos esa madeja hecha de dulces boberías, cuyos hilos parecen muy tenues y suelen ser irrompibles. ¡Qué idilio el nuestro! Los amantes de Verona, los de Turel, Abelardo y Eloisa, París y Helena y todos los demás enamorados que rezan historias y novelas, ¡niños de teta en parangón con nosotros!

Y si logré la conquista de la joven, también al autor de sus días me le metí en el bolsillo. ¿Cómo? Pues regalándole, de buenas a primeras, un frasco de opoponax y otro de violeta de Parma, acompañados de una toalla higiénica con cuyo frote quedaba monda y lironda la piel más granujenta, y también pres-tándome a escuchar sus emolientes discursos, largos como las leguas de la Mancha, cuando le daba por hablar de su alcurnia. Entonces vi que no había por dónde entrarle punto y aparte, pues era descendiente del rey don Fruela por línea paterna, y por la materna, de Don Pedro el del Puñal, para demostrarme lo cual me enumeraba sus antecesores sin faltar uno, y como prendas probatorias de su veracidad, decía haber poseído la espada de Fernán González, que regaló a la Real Armería, y las espuelas del Cid Campeador, por donación de un su abuelo, compañero de armas del héroe castellano.

Pero me faltaba lo mejor para ponerle en absoluto de mi parte y que me tuviese por el amigo más adicto y el único a quien entregase su hija sin vacilaciones de ya veremos. Y lo mejor fué, que en uno de sus huertecillos, el más alejado del pueblo, había construido una casucha, a la cual me llevó, donde a manera de laboratorio, lleno de retortas, alambiques y otros objetos para usos por mí ignorados, fabricaba, extrayéndolas de plantas y flores raras, unas esencias cuyos perfumes pasaban de lo común y corriente y llegaban a algo semejante al ultravioleta en los colores del iris; perfume ideal y jamás olido, que cuando lo conseguiese, no fugaz y apenas perceptible, sino por modo fijo y constante, pondrían los químicos en los cuernos de la Luna y quizá se le otorgase el premio Nobel por el voto unánime de la humanidad oliente. Aún le era preciso para tocar de la inmortalidad el alto asiento varios ensayos y ciertas experiencias; mas ya estaba en la pista, y así que adquiriese precisos artefactos y caros menajes, su triunfo sería ruidoso y definitivo. Por supuesto, en aquel receptáculo de su fe investigadora, humilde albergue hoy, templo mañana, ningún profano lo hubo hallado con sus vulgares pies más que yo, dán-

dome así el de Bollullos una prueba de su afecto y confianza.

Un día pisando al otro, ya llevábamos tres meses de almibarados amores y precisaba formalizarlos con la petición de rúbrica, a lo cual impulsábame la vehemente obsesión de hacer mía para siempre y en lazo indisoluble a la más bella flor de Molinillos de Arriba. Ya no se me podía el parí hasta el momento en que la futura condesa se llamara la señora de García, cuando he aquí que una tarde, en el humilde Casino del pueblo, me llama aparte el médico, con quien había hecho muy buenas migas, y me dice:

—¿Conque va a casarse con Rosario?

—Hombre, a eso tiro—le contesté.

—¿Y todavía no ha recibido usted ningún sablazo del conde?

—Hombre, hasta la hora de ahora, no—repuse.

—Pues aguárdelo usted el día que menos lo espere.

—Querido doctor, no creo que un señor como el conde, tan comedido y tan...

—Sí, sí. Fíese usted del comedimiento.

—¿Le ha dado el golpe de Fernán González y el de las espuelas del Cid?—me interrumpió el médico.

—Sí, señor—repuse.

—¿Y del laboratorio químico perfumista?—continuó interrogante.

—También; pero yo pensaba que sólo a mí...

—Y a todo el mundo, amigo don Sinforoso. Esa es la *chifladura* del conde, que le cuesta un ojo de la cara. En aquel chamizo quema drogas y yerbajos, y las veces que se entrega a sus endiabladas manipulaciones, la chimenea despiden un humo que huele que apesta.

—Bueno, bueno—interpuse algo amostazado—. Si por su manía se me van unas cuantas pesetas, las pagaré, que para eso tengo posibles. Lo que yo pretendo es casarme con Rosario, que huele a ámbar. ¿Le parece a usted que se encuentra en un quitame allá esas pajas una mujer virgen de amores?

—¿Que se cree usted eso!—me atajó el doctor.

—¿Cómo, cómo!... A ver... explíquese usted y tengamos la fiesta en paz y en gracia de Dios.

—No se suba usted a la parra y oígame, querido señor de García. Es público y notorio, y me extraña que usted, ciudadano matritense, no lo sepa, que Rosario ha tenido en Madrid más novios que gotas llueve un invierno, y me quedo corto. Hasta se asegura que dió un escándalo con cierto joven de la aristocracia, y que por esto tuvo que venir a Molinillos. Y si no me cree usted, escriba a cualquier amigo de los que andan en esos trotes y verá cómo no le engaño.

—Buena puñalada traperal! Recordé aquello de «sentí el frío de una hoja de acero en las entrañas», porque aún tuve que darle las gracias a aquel buen amigo, tan cuidadoso de mi bienestar futuro. Quizás la duda sea para algunos un aperitivo; mas para mí es un torcedor que no me suelta a tres tirones.

Me metí en mi casa, para ver si la soledad disipaba mi preocupación, y, así que me repuse del disgusto, le escribí una carta al vizconde de Puertollano, que me debe unas pesetas, pidiéndole informes de Rosario Bollullos.

—¿Que si dejó de verla? ¡No, en mis días! A su domicilio me fui como si tal cosa, porque antes de abandonar para siempre, si llegaba el caso, a aquella mujer, trasunto fidelísimo de todas las bellezas conjuntas, quería saciarme de amor, y oír su voz melodiosa, y...

—¿Me concede usted una audiencia de pocos minutos, amigo mío?—díjome el conde antes de que yo pegara la hebra con su hija.

—Con mucho gusto, señor conde—con-

testé, y nos encerramos en su despacho.

¡Carape con el médico de Molinillos de Arriba, y qué bien conoce a sus señores! ¡Ni que fuese profeta! El de Bollullos, después de muchos circunloquios, acabó por pedirme prestados cinco mil duros para dar fin a sus investigaciones, y como ya me juzgaba a dos jemes de ser su yerno, creyó que al decir *daca*, yo iba a responder a toca teja toma, y sin el torcedor a que antes me referí, quizás, quizás hubiese soltado los tales; pero con el notición de marras, puse cara de palo, pretexté pagos incluíbles, y aunque no pronuncié el rotundo *no* a las claras, él comprendió a las negras que había dado un golpe en el vacío. Aquella noche no hubo larga plática amorosa ni caricias embriagadoras en el rellano de la escalera.

El negarme Rosario el humilde beso en su nivea mano, francamente, me produjo un malestar mediano de la pena, pues aunque algo disminuí mis propósitos de pedir por esposa a la descendiente de don Fruela, el casto permiso de la joven influía en mi espíritu para proporcionarme un sueño placido, lleno de acariciadoras imágenes, y, además, su actitud displicente parecía significar cierta complicidad con su señor padre en cuanto al préstamo de los cinco mil duros. Tentado estuve de volver el paso atrás y decirle al conde que dispusiera de ellos, con la condición de dar mi nombre al nuevo perfume, como manera de cohonestar mi instantáneo arrepentimiento; pero no lo hice en espera de la carta del vizconde de Puertollano, pues si ella echaba por tierra las palabras, quizás calumniosas, del médico, entonces no digo los cinco, sino seis, ante la ideal perspectiva de que los placidos sueños y sabrosas imágenes se trocasen en realidades tangibles.

No se hizo esperar la carta del vizconde, que decía así:

«Tú estás en el limbo, querido amigo, como los niños que en ese encantador sitio, donde no hay pena ni gloria, disfrutan de un ambiente primaveral y eterno. Rosario Bollullos ha tenido la mar de adoradores, y eso lo sabe todo el mundo menos tú, ignorancia supina que debe ser garantía de tu felicidad si te casas con esa preciosa muchacha. Respeto al lance del escándalo que dió con Pepe Contreras, cuando ella vivía en un cuarto bajo de la calle de Alcalá, se dice..., se murmura..., pero como no lo presencié, ni lo afirmo ni lo niego, aunque me inclino a no creerlo, porque en este Madrid hay cada lengua con más filo que una navaja de virola y golpetillo.

Por supuesto, guarda para ti estos informes que te da tu verdadero amigo Puertollano.»

Después de los cuales, ¿quién el guapo que se casaba con Rosario Bollullos? Mi negativa a soltar la *guita* y una corta recalada en Madrid enfriaron nuestras relaciones, y cuando me presenté de nuevo en Molinillos, éstas se redujeron a un saludo de tiesura cortés, si no había modo de evitarlo. Pero renunciar a extraer de Molinillos de Arriba la esposa ideal, eso nunca. Si en vez de dirigirme hacia la aristocracia caigo del lado de la clase media, otro gallo me cantará.

—¿No había yo de responder de sí la señorita Rosario tuvo novios en Madrid? De su conducta en Molinillos respondo con mi cabeza—me arguyó Pedro Apenas cuando le expuse mis quejas—. ¿Quiere usted que tiremos por la clase media? Pues andando—continuó—; justamente puedo ponerle al habla con la familia de González Pisa, y en ella encontrará la horma de su zapato.

Don Felipe González Pisa, administrador subalterno de Propiedades, tenía dos hijas, nacidas en Molinillos, que eran

una bendición de Dios. Blanca, la morena, y Flora, la rubia, aunque menos puestas en los puntos señoriles de Rosario, podían emparejarse con ésta, y en algunos detalles de plástica opulencia la iban a los alcances.

Habíasele metido en la cabeza a don Felipe que casi todas las fincas colindantes con Molinillos, sobre todo las pobladas de pinos, eran del Estado, y con tal motivo armaba cada zalagarda, que se hundía el mundo. Pura calumnia, porque los molinillescos antes se cortaban un dedo que cortar hoy un árbol y mañana dos; y así, en progresión aritmética, a ejemplo de lo que acontece en los pueblos de España donde hay pinatería, todos ellos incapaces de dar un paso por fuera de lo suyo. Quise comprar una de las susodichas fincas, y para discutir la posibilidad, me introdujo Pedro Apenas en casa del administrador de Propiedades.

Francote y cordial, don Felipe me presentó a su señora, doña Librada, y a sus dos pimpollos, y echó raíces nuestra amistad por obra y gracia de dos regalitos que mi premura obsequiante ofreció a ambas niñas, con un bien urdido pretexto. Desde entonces fui recibido en casa de don Felipe como agua de mayo. ¡Y qué buenos ratos pasé allí! Ratos recordatorios de los tiempos de antaño, porque, llegado ya el frío, por las noches, en el comedor, muy tapadas todas las rendijas conductoras de aire procaz, y alrededor de una camilla semejante a aquellas que conocí y disfruté en mis juveniles días, nos reuníamos don Felipe y doña Librada, las dos muchachas y este cura, todos muy juntos, y charlábamos a manta de Dios; yo, refiriéndoles cosas de Madrid, y ellos, escuchándome, como quien escucha a un sér superior y extraordinario. Por desgracia, no había piano que coadyuvase al grato fin de un sosegado baile, por donde me vi privado del placer de enlazar con mi robusto brazo los talles de aquellas dos sílfides.

Al igual del conde de Bollullos, a escape me dió don Felipe buena presa, o sea sujeto propio para marido, abiertos sus ojos, sin duda, por lo que le dijo de mí Pedro Apenas, y si él me hacía la corte, doña Librada era jalea pura; mas en cuanto a las niñas, aunque muy amables y cariñosas, ninguna de las dos me daba pie para un avance de incipiente amor y muy próximo al período inflamatorio; actitud que atribuía a su cortedad, jamás a poner en reparo mis personales prendas. Un hombre joven, no mal parecido, y por contera rico, ¿qué más podían desear?

Urgía, pues, decidirse y no patricular de un lado para otro. ¿No llevé a Molinillos de Arriba la rotonda intención de elegir mujer? Pues a ello, sin vacilaciones ni distinguos.

Blanca, una delicia, y Flora, un encanto, y como casarse con las dos no era posible, resolví echarlo a la suerte, para lo cual puse en el fondo de un sombrero los nombres de las dos muchachas y llamé al hijo de mi criada para que con su inocente mano sacase uno de los papeletos donde aquéllas iban. Verifícase el sorteo y salió ¡Blanca! La destinada por la Providencia, cuya voluntad seneciadora guió la mano del chiquillo para hacerme feliz.

Dije antes que éramos cuatro para formar la tertulia nocturna, y no dije verdad. Solía concurrir a ella un guapo mozo, Pepito Jiménez, algo pariente de la familia González Pisa, tratante de granos, risueño y alegre; pero no calentaba la silla porque, al parecer, no era santo de la devoción de don Felipe, y su permanencia en el comedor duraba poco, con lo cual desvaneciése mi temor de que allí fuera atraído por una de las muchachas, quizás por Blanca.

Ya hecho el ánimo a la idea de casar-

me con ésta, empecé a pensar qué procedimiento sería mejor para destapar mis deseos. ¿Pedírsela a sus padres? ¿Dirigirme a ella en el primer aparte que la casualidad me deparase? Y en semejantes vacilaciones transcurrió más de un mes. ¡Erame tan grato, con el frío que en la calle hacía, el dulce calor de la camilla y el que me comunicaban los cuerpos de las dos jóvenes, muy juntitas al mío, la una a la derecha y la otra a la izquierda! Tan grato, que se deslizaba el tiempo, y yo, sin saber a qué carta quedarme, no embargante lo decretado por la divina Providencia.

Nada, nada—me dije—. Basta de dos calores, pues yo sólo ansío el que me comunique Blanca González Pisa cuando sea mía, mediante la bendición del cura de Molinillos de Arriba en la iglesia de las Claras, y el órgano a todo sonar, manejado por Pedro Apenas. Y ya me veía en el disfrute y goce perpetuo de aquellas bellezas, cuando...

Fué en la noche de un martes. Llegué, como de costumbre, a casa de don Felipe bien resuelto, de una manera o de otra, a fijar por modo definitivo mi estado de pretendiente a la blanca mano de Blanca. Después de las naturales nonadas, propias de un visitante cortés, nos sentamos alrededor del calorífero mueble, y al poco se presentó Pepito Jiménez. Hízoselle un hueco entre don Felipe y doña Librada, pronto se inició un julepe, y así en amor y compañía, fuéronse tres gratísimas horas. Tocaba la de irse cada cual a su domicilio, y yo, dejando para el día siguiente mis pujos declaratorios, salí un poco después que Pepito; me despidió hasta la puerta don Felipe, que me ayudó a ponerme el abrigo, y a la calle. Como hacía un frío de dos mil demonios, metí las manos en los bolsillos, y en el de la derecha tropezaron mis dedos con un papel muy doblado que no era de mi propiedad. Llegué a mi casa en un verbo, encendí luz figurándome que aquello era un mensaje amoroso ideado por Blanca, cogida en mis prendas para ahorrarme el rubor de la declaración, y... ¡vaya por el mensajero! El papelito decía así:

«Pepito mío: no tenga celos de ese pelmazo que se ha metido en casa y se las echa de rico, pensando, el muy imbécil, que no hay mas que llegar y pegar. ¡Sí, sí, rico! Un fresco que nadie sabe de dónde viene y quizás no tenga dos pesetas. Le ponemos buena cara por no disgustar a papá, que se ha fiado del tunante de Perico Apenas; pero puedes estar tranquilo, porque tú eres el único a quien quiere, y siempre querrá con toda su alma, tu gatita.

Mil besos.—Blanca.»
—¡Mil cuernos! ¡Caracoles con la gatita! ¡Y qué bien sabe mover la pluma la bellaca! ¿Y ésta era la inocentona que me pintaba el tunante de Pedro Apenas? ¡En cuanto le coja por mi bapda, le pincho, le corto y le rajo hasta que no quede una pizca de su persona! Pero abandonar el campo, de ningún modo. Yo salgo casado de Molinillos o entre cuatro... ¡Falló Blanca, pues Flora, y a ver si ésta se equivoca de gabán.

—Señor don Felipe, ¿me quiere usted otorgar la mano de su bellísima hija la señorita Flora?—dijo al administrador de Propiedades no bien puse mi planta en su domicilio.

—Con mucho gusto, señor don Sinfonoso—me respondió súbito don Felipe.

—Por supuesto, si ella me acepta—añadió reverente.

—¡Pues no le ha de aceptar! Mi Flora es una muchacha humilde, muy caserita, algo tímida, y usted será su primer amor. Harán ustedes una deliciosa pareja.

—¿No sería conveniente que la preguntase usted?...

—No hace falta, señor de García. La conozco y sé su respuesta—interrumpióme don Felipe.

—¿De modo que quedo de pretendiente oficial?

—Como si ya fuese usted mi yerno.

Y a partir de aquel día feliz, mis apertes nocturnos con Flora—nos permitían este dulce coloquio en un rincón del comedor—fueron deliciosos. ¡Qué chiquilla tan modosita y a la par tan melosa! En la primera plática que tuvimos fijamos la fecha de nuestra unión—de allí a dos meses—, acordamos un viaje de novios a París y ¡qué se yo! ¡Una barbaridad de proyectos que yo veía realizados ya, con la certeza de haber caído sobre una joya de esas que no se encuentran en un dos por tres! ¡Y que se chinche la de Bollullos!

—Ahora sí que va de veras—dijo al médico de Molinillos una tarde en el Casino.

—Ya sé la noticia. No se habla de otra cosa en el pueblo.

—¿Y qué tiene usted que decir de la que va a ser mi esposa?—pregunté al doctor.

—Yo... Nada.

—¿No ha hecho buena elección?—duplicué.

—Sí, señor—me contestó con cierto tono dubitativo.

—Pues ¿a qué esa afirmación tan poco expresiva?—insisti, de mal humor.

—No me haga usted caso, señor de García. Es que yo, en cuantas ocasiones se presentan de tocar la dicha, recuerdo lo de: «que nadie cante victoria, aunque en el estribo esté, que muchos en el estribo, se suelen quedar a pie».

—¡Bah! Usted es un aguafiestas inaguantable—repuse, y le volví la espalda.

Ya faltaban veinte días para celebrar la boda; ya las costureras habían dado la última mano a los trajes y atavíos—todo lo pagué yo por manera delicada y discreta—; ya me regodeaba pensando en aquellos momentos que iban a venir, y así las cosas, con la miel casi en los labios, recibí un telefonema urgentísimo, diciéndome que en Valladolid se estaba muriendo mi tío Perico, un señor de quien yo era universal heredero, a menos que en sus postrimerías no cambiase de voluntad a favor de otros parientes sitiadores de su fortuna. Me soliviantó la noticia, hice ver a Flora y su gente lo imprescindible de mi partida, prometí corta ausencia, dando a todos los diábolos aquella inmensa contrariedad, y con un abrazo y un prolongado beso en el nacimiento frontal de sus rubios cabellos, despedíme de mi novia, y a escape corrí a mi casa a preparar mis trebejos, pues tenía que montar en el coche que me condujera a la estación, por donde pasaba el tren a las altas horas de la madrugada, cuando aún no se percibían los dedos de la mano. Llegó el tran, me introduje de prisa y corriendo en un coche de primera—el único de la fila—para huir pronto del terrible frío, y en pos de mí persona entró una mujer, tan arropada y escondida en un amplio abrigo, que no pude verle la cara. Ella se arrebujó en un rincón; yo, en el opuesto, y solos los dos en aquel vehículo a medio alumbrar por una lámpara de aceite, que parpadeaba con intermitencias anunciadoras de pronta y definitiva extinción.

¿Que si dormí? ¡Ni pegar los ojos! Completamente lleno nuestro común dormitorio, quizás; pero con una mujer allí cerca, sentía un desasosiego como si tuviese hormiguillo, vamos al decir, algo inexplicable que me ponía los nervios de punta y me ahuyentaba el sueño.

Me puse a pensar en Flora como remedio y antídoto de unos deseos nada lícitos, haciendo lo posible por no dar una

sola cabezada, porque cuando duermo, ronco, y cuando ronco, soy un piporro.

Corrieron las horas y penetraron en el coche los primeros rayos de la aurora.

Entonces despertóse mi compañera y la pude ver el rostro a mis anchas. ¡Bendito sea Dios que cria tales mujeres! La que conmigo pasó la noche era de las que quitan el sentido. Iba a reunirse con su marido en una de las estaciones del tránsito. Amable y discreta ella, y yo más todavía, charlamos a cántaros, y al llegar al punto de su parada, se apeó del coche, siendo recibida por un moce-ton joven y de buena facha que la cogió en sus brazos y la dió dos regalados besos. ¡Qué envidia me corrió por todo el cuerpo.

¡Valladolid! ¡Veinte minutos de parada y fonda! Pues al hotel y a casa de mi tío, sin quitarme el polvo del camino. Pero cuando salía a tan necesario fin, me para a la puerta un individuo y me dice:

—¿Es usted don Sinfonoso García?

—Servidor—contesté.

—Pues tenga la bondad de venir conmigo al despacho del señor gobernador, que desea verle.

—Hombre. Luego iré si al señor gobernador le es igual, porque vengo a ver a un pariente que se halla en las últimas y eso no tiene espera.

—Lo siento mucho, pero es imposible.

—¿Y ha de ser ahora mismo?—interrogué.

—Ahora mismo.

—Vamos allá—dije, y me emparejé con aquel hombre, curioso por ver qué quería el jefe de la provincia.

—Siento mucho, señor García—me dijo—tener que causarle una molestia.

—Una molestia a mí! No sé. Usted dirá—repuse muy alarmado.

—Tengo orden telegráfica de detenerle a usted, por lo menos hasta que se aclare un hecho que le atribuyen.

—No comprendo, señor gobernador, qué pueda motivar tan arbitraria medida—añadí cada vez más inquieto.

—Usted ha raptado a una joven de Molinillos de Arriba.

—¡Yo!—exclamé indignado.

—Usted anoche montó en un carruaje, que le condujo a la próxima estación ferroviaria. Allí se reunió usted con la joven de Molinillos, hija del administrador de Propiedades, por cierto; subieron ustedes a un coche de primera, y... lo restante no hay para qué decirlo. La joven menor se llama Flora González, y usted, don Sinfonoso García, ha sido el raptor.

—Eso es una infamia. Con esa joven estoy para casarme dentro de pocos días—grité aterrado.

—Pues esa joven es la que aquella misma noche abandonó con usted el domicilio paterno.

—¡Conmigo, no, y mil veces no, señor gobernador!

—Pues he de decirle más, porque hay testigos presenciales. Le vieron entrar en el coche, usted primero y en seguida la joven, el mozo de la estación, que le conoce a usted, y un vecino de Molinillos, persona de toda garantía, que se llama don José Jiménez.

—¿Pero está usted seguro de que esa joven abandonó el domicilio paterno, señor gobernador?

—Segurísimo. Vea usted el telegrama que lo especifica.

¿Para qué he de contar lo que pasó por mí? ¿Conque Flora se escapa tomándose a mí por cabeza de turco, y es Pepito, el novio de Blanca, el que afirma que soy el raptor para jugarle esta mala pasada? ¡Habrás visto jamás tales bribones!

No me fué difícil deshacer este inicuo enredo. Dí palabra de honor al jefe provincial de no moverme de Valladolid sin su permiso; abonaron por mi seriedad

amigos que allí tenía, y despaché a Molinillos un hombre de mi confianza para que me enterase de lo ocurrido.

Cierta la fuga de Flora con un antiguo novio, camandulero, jugador de oficio y mala cabeza, que tuvo que salir del pueblo por causa de pequeñas estafas, y a quien don Felipe odiaba con toda su alma a causa del amor descabado de su hija Flora. Entre ésta, su hermana Blanca y el granujón de Pepito, urdieron la trama durante el tiempo de mis amorosos deliquios, ganando el necesario para ponerse lejos el raptor y la raptada, mientras me colgaban el mochuelo. A poco de mi salida de Molinillos, abandonó Flora su casa, haciendo de tercera Blanca y de cómplice protector el tal Pepito, que en cuanto dejó en salvo a los amantes y a mí en el tren—quizás fué hasta la estación en el pescante del carruaje, sin que yo le conociera—, aprovechó con maña la entrada en mi coche de la inesperada viajera, volvió a Molinillos y me denunció al alcalde, a don Felipe y a todo bicho viviente.

El disgusto y las angustias que me proporcionaron todas estas cosas, mientras se aclaraba lo del rapto, no tiene nombre, y más lo sentí, porque, con la inquietud natural que me consumía, descuidé a mi tío, que me llamó en vano y dejó todas sus pesetas a los parientes intrusos; y yo, que pensé llegar los ojos hacia el cielo, las manos por el suelo y la boca abierta, me quedé sin Blanca... y sin Flora.

Por supuesto, todo aclarado, como era de razón y justicia, a punto estuve de dar la vuelta a Molinillos para arrancar las orejas al organista de las monjas y propinar una paliza a Pepito Jiménez, sin que se escapasen de la admonición vapuleante el sandio de don Felipe y el imbecil del alcalde; pero como no era posible enredarse a pescosones con los molinillescos, ni evitar que me tomasen de capa con burletas y chirigotas, me resigné y me comí las ganas.

—Desengáñese usted, amigo don Sinfonoso—me dijo un amigo muy sesudo a quien referí mis penas—. No piense más en casarse. La mujer es el enemigo más cauteloso, despiadado y protervo que tiene el hombre. Lea usted lo que acerca de ella, de sus mañas y tretas para llevarnos vestidos y calzados al infierno, dicen preclaros y muy santos varones, con los remedios que dan para huir de sus garras malignas, y se le quitarán los pujos de casorio. Permanezca usted en estado honesto, que es el mejor para ganar la gloria seráfica, y piense usted, además, que los placeres más caros son los de la familia.

El final de esta exactísima historia, que me relató el mismo protagonista, es que, maldiciendo de Molinillos, volvióse a Madrid, muy impresionado con el sermón del consejero amigo y con ánimo de no casarse. Pero... pudo más el deseo que el sermón, y al fin se casó ¡con su criada!; una moza que, aun cuando había soldado el pelo de la dehesa, era un hermosísimo ejemplar de bestia femenina, compañera de las Gracias Menippeas, que, bien escamonada y pulida, hubiera podido servir de modelo al difunto Praxiteles.

No calzaba puntos señoriles ni atildamientos de elegancia; pero, en cambio, sabía guisar un salmorejo como los propios ángeles pudieran hacerlo, y poner al sabroso mareo del orégano y la hojita de perejil una fuente de negras aceitunas, que decían «comedme», y, principalmente, preparar una salsa de caracoles con toda la maliciosa intención de la excitante guindilla, con que se chupaban los dedos los devotos de la cocina clásica. Y váyase lo uno por lo otro.

E. GUTIERREZ-GAMERO
De la Real Academia Española.

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.-Aparatos con o sin bocina.-Ventas al contado.-Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS
de
Raquel Meller

M. Serós

G. Flores

R. Leonís

Bailables
modernos



DISCOS
de
Salud Ruiz

Ofelia
de Aragón

G. Ortas

Óperas

Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a
FADAS - Peligros, 14 y 16 - MADRID

ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

PHILIPS

"ARGENTA"

CRISTAL OPALIN

ALUMBRADO

MEJOR
REPARTIDO
MÁS
MODERNO

LUZ

MÁS
Suntuosa
MÁS
Decorativa



Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo.
Se admiten suscripciones y anuncios.



CARLOS COPPEL

Fábrica de relojes

Fuencarral, 27 - Madrid

A cada reloj acompaña
certificado de garantía.



CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébalo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 pts.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



BANCO DE CATALUÑA

Rambla de Estudios, 4. - Barcelona

APARTADO 568

Valores :- Cupones :- Banca
Cambio :- Giros

Dirección telegráfica: **CATALONIABANK**